

UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

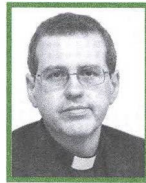
## **LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 2**

### **CT 116 LITURGIA II**

Sánchez Navarro, Luis. “La palabra en la liturgia cristiana: el testimonio del Nuevo Testamento”. *Reseña Bíblica*, n.94 (2017): 20-27.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

# LA PALABRA EN LA LITURGIA CRISTIANA: EL TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO



Luis Sánchez Navarro

*La liturgia cristiana aparece en el NT como el lugar en que la Palabra de la Escritura genera la palabra apostólica. Es esta una palabra viva que, actualizada en la liturgia, genera vida: apunta al sacramento y, en cierto modo, es en sí misma sacramento.*

*Dios ha hablado: esta es la experiencia fundamental de Israel. Dios ha dicho su Palabra definitiva en el Mesías Jesús, su Hijo: así experimentaron los primeros cristianos su encuentro con el Resucitado. De este modo, la Palabra, de importancia decisiva en Israel, pasaba a ocupar un lugar central en la vida y en el culto de las primeras comunidades. En estas páginas exploramos su presencia en la primera liturgia cristiana, según la panorámica que nos ofrecen los escritos del Nuevo Testamento.*

## 1. DE ISRAEL A LA IGLESIA

El evangelio según san Lucas contiene, en su principio y su final, dos pasajes paradigmáticos. El ministerio público de Jesús se abre con el episodio en la sinagoga de Nazaret, la única descripción evangélica de una liturgia sinagoga. Allí, Jesús se levanta para leer (es también el único pasaje evangélico en que Jesús aparece leyendo) y proclama un conocido pasaje del libro de Isaías (Is 61,1-2; Lc 4,18-19). La lectura de estas líneas por parte de quien ya ha comenzado a manifestarse por toda Galilea «en la fuerza del Espíritu» (Lc 4,14) provoca en sus oyentes una gran impresión, que el evangelista atestigua: «Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él» (4,20). Es entonces cuando Jesús pronuncia la primera palabra de su vida pública: «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos» (4,21). Este breve episodio anticipa lo que será la proclamación de la Palabra en la liturgia cristiana: de la letra escrita se pasa a la carne que la hace vida. La Palabra profética aparece así no como un simple texto que se lee, por interesante o sugerente que resulte, sino como la sorprendente formulación de un presente que la desborda y que, de ese modo, le confiere el cumplimiento («Hoy se ha cumplido...»). La celebración litúrgica es el ámbito en que se produce ese tránsito («hoy»).

En el encuentro del Resucitado con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), la Escritura de Israel vuelve a tener una presencia destacada. Antes era Isaías; ahora son «Moisés y todos los profetas» (24,27). No se trata, como en Nazaret, de una liturgia sinagoga, pero la referencia a la Escritura, narrada por el Resucitado en clave cristológica y seguida de una cena en la que Jesús realiza su gesto

característico de la fracción del pan (24,30), anticipa ya la futura liturgia cristiana. Como ocurrió en Nazaret, no se trata de una sucesión de pasajes bíblicos que Jesús recuerda sin más: son lugares en los que él hace descubrir a sus discípulos «lo referente a sí mismo» (24,27); una vez más, en él la letra se ha hecho carne, la Palabra es Palabra viviente. De hecho, el fruto vital producido en sus discípulos es el de una acción litúrgica: «¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino, mientras nos explicaba las Escrituras?» (24,32). La palabra del Resucitado se ha hecho para ellos una palabra significativa, portadora de vida.

En ambos pasajes, pues, se manifiesta la peculiaridad de la Palabra de Dios proclamada, ya en la liturgia sinagoga, ya en la «liturgia» del Resucitado: es una palabra portadora de vida, de gracia; plenitud de aquella palabra de YHWH por la que el hombre vive (Dt 8,3). Una palabra sacramental.

## 2. EN EL LIBRO DE LOS HECHOS

Hablar de la vida de las primeras comunidades cristianas significa, ante todo, adentrarse en la segunda parte de la obra lucana, que, precedida por el evangelio, encuentra en los dos pasajes que hemos comentado su clave de interpretación. En efecto, los grandes discursos de Hechos aparecen como la mejor ilustración del «principio cristológico» de interpretación de la Escritura realizado por Jesús en la sinagoga de Nazaret y formulado con carácter general por el Resucitado camino de Emaús. Nos interesan ahora aquellos momentos en que la lectura de la Palabra aparece en relación con la liturgia, ya por estar vinculada a un sacramento, ya

por darse en un contexto abiertamente litúrgico. En todos ellos se verifica de modo singular ese fenómeno que los Hechos atestiguan insistentemente: «La Palabra de Dios crecía» (Hch 6,7; 12,24; 19,20). La actualización litúrgica de la Escritura supone un verdadero crecimiento de esta Palabra.

El discurso de Pedro en Pentecostés, en el contexto litúrgico que supone esa fiesta señalada del calendario judío, tiene una consecuencia sacramental: «Los que aceptaron sus palabras se bautizaron» (2,41a). En él revisten fundamental importancia las citas de la Escritura; en primer lugar, el oráculo del profeta Joel (Jl 3,15), citado por entero en el arranque del discurso (Hch 2,17-21); en segundo lugar, la conclusión de un salmo davídico que anticipaba la resurrección del Mesías (Sal 16,8-11: Hch 2,25-28). El acontecimiento apenas vivido –la efusión del Espíritu Santo y su efecto en los discípulos, que empiezan a hablar en lenguas– cobra así su sentido a partir de la antigua Escritura, que anunciaba para los tiempos mesiánicos un profetizar carismático concedido a «toda carne». Pero hay una novedad: el Espíritu ha sido derramado por Jesús resucitado (Hch 2,33), cuya carne –según profetizó David– no experimentó la corrupción. Este discurso, una verdadera «liturgia de la Palabra» en la que se entrevera lo antiguo y lo nuevo, la Palabra escrita con la Palabra apostólica, produce en sus oyentes un efecto saludable de conversión que conduce al bautismo. La antigua Palabra, actualizada en el misterio de Cristo, se manifiesta llena de vida.

*El discurso de Pedro en Pentecostés es una verdadera «liturgia de la Palabra» en la que se entrevera lo antiguo y lo nuevo, la Palabra escrita con la Palabra apostólica, produciendo en sus oyentes un efecto saludable de conversión que conduce al bautismo.*

Un fenómeno semejante descubrimos en el episodio del eunuco etíope (Hch 8,26-39). Este hombre, que vuelve de adorar al Dios único en el templo, va por el camino de Jerusalén a Gaza leyendo en su carroza el cuarto cántico del Siervo (Is 53,7-8); se trata de una lectura en alta voz, que permite por ello al diácono Felipe escucharla. Su diálogo inicial revela la perplejidad que genera su lectura y que afecta al protagonista real del oráculo: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de sí mismo o de otro?» (Hch 8,34). Ello da pie a Felipe para proclamar –siguiendo la línea trazada por el Resucitado en otro camino, el de Emaús– «la Buena Nueva de Jesús» (8,35). La incomprensión inicial del etíope se disipa ante este anuncio; una vez más, la «liturgia de la Palabra», que –también como en el camino de Emaús– enciende el corazón de su interlocutor con la luz de la esperanza, desemboca en el bautismo, principio de una vida nueva («siguió su camino lleno de alegría»: Hch 8,39).

En la sinagoga de Antioquía de Pisidia asistimos al primer discurso de Pablo (Hch 13,16-41), motivado por la invitación de los jefes de la sinagoga a pronunciar una «palabra de exhortación» tras la lectura litúrgica de la Ley y los Profetas (13,15). En esa «homilía» paulina, que recorre sumariamente la historia de Israel mostrando su culminación en Jesús, volvemos a descubrir el anuncio evangélico a partir de la Escritura de Israel: «También nosotros os anunciamos la Buena Noticia de que la promesa que Dios hizo a

nuestros padres nos la ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús. Así está escrito en el salmo segundo: “Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy”» (13,32-33; Sal 2,7). Como fruto de estas palabras, «muchos judíos y prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y Bernabé, que hablaban con ellos exhortándolos a perseverar fieles a la gracia de Dios» (Hch 13,43); una vez más, la liturgia resulta ser el ámbito en el que la Palabra de la Escritura alcanza su cumplimiento.

En estos pasajes del NT se manifiesta el modo cristiano de la «liturgia de la Palabra». En ella, la antigua Palabra se manifiesta como «generativa»: aparece entretejida en discursos que proclaman la novedad evangélica. Se trata, por tanto, de una Palabra generada por la antigua Palabra, que queda así renovada. Es lo mismo que sucederá más adelante con la liturgia cristiana, entreverada en todas sus formulaciones de la Palabra de Dios antigua y nueva.

Todos estos pasajes nos muestran, en fin, cómo «crece» la Palabra de Dios: la Palabra se ha hecho nueva en Jesús al ser encarnada por él y por los miembros de su Cuerpo.

### 3. ENSEÑANZA PAULINA SOBRE LA PALABRA

En los escritos de san Pablo se verifica de modo singular esta particular simbiosis entre Palabra antigua y nueva, cuyo lugar eminente es la liturgia. En efecto, sus cartas están recorridas por numerosas referencias al AT, de modo que su enseñanza más característica –la justificación por la fe– es presentada por él como una interpretación de la historia de Abrahán a partir de la resurrección

de Cristo (cf. Rom 4 y Gál 3). También –otro ejemplo luminoso– la suerte del pueblo judío tras el acontecimiento de Cristo es comprendida a la luz de la inmensa esperanza que la Escritura de Israel, aun atestiguando las sombras en la historia del pueblo elegido, arroja sobre ese destino de salvación (Rom 9-11).

Pero hay un pasaje de la primera epístola paulina que resulta singularmente significativo. Escribiendo a los cristianos de Tesalónica, Pablo les recuerda su acogida inicial y, en unas líneas que aún rezuman el asombro que entonces experimentara el apóstol, les dice: «Por tanto, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, porque, al recibir la Palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios que permanece operante en vosotros, los creyentes» (1 Tes 2,13). El apóstol evoca su primera actividad en Tesalónica, que –según narran los Hechos– consistió en varias predicaciones sinagogaes, demostrando a partir de la Escritura «que era necesario que el Mesías padeciera y resucitara de entre los muertos» (Hch 17,3). La descripción de la eficacia de la Palabra divina en 1 Tes considera, pues, esta Palabra *en su proclamación litúrgica*; es ese contexto el que permite acogerla como Palabra de Dios y el que, por tanto, la hace «operar» (verbo *energeîn*) en quien se adhiere a ella por la fe. Se trata de una Palabra «enérgica», activa: lo más alejado de una palabra muerta.

La Carta a los Colosenses nos presenta una enseñanza similar. Entre las exhortaciones que ocupan los dos últimos capítulos, su autor dice: «La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabidu-

ría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,16-17). El verbo «habitar», que en el AT se refiere habitualmente a personas, aparece solo cinco veces en el NT, y de ellas una se refiere a Dios (2 Cor 6,16) y dos al Espíritu Santo (Rom 8,11; 2 Tim 1,14). Esto nos confirma lo que sugiere la sola lectura de la carta: la palabra de Cristo representa en Col 3,16 al mismo Cristo, que, en su Palabra, fundamenta la catequesis (enseñanza, exhortación) y el culto eucarístico («dar gracias»), expresado en «salmos, himnos y cánticos inspirados». La liturgia aparece así como el lugar en el que la Palabra de Dios desarrolla toda su virtualidad. Tanto este pasaje como su paralelo en Efesios (5,19-20) manifiestan el papel fundamental de dicho culto en la vida, pues a los dos le siguen sendas secciones donde se detallan los comportamientos a los que son llamados los cristianos (Col 3,18-4,6; Ef 5,21-6,20). La Palabra acogida en la liturgia se hace así el fundamento de una vida nueva.

#### 4. PALABRA QUE SE HACE LITURGIA

En la asamblea litúrgica, la Palabra tiene una función primaria, como se desprende de los pasajes considerados anteriormente. Hemos comprobado su orientación a la acción sacramental: puede decirse que la Palabra proclamada y actualizada introduce ya en esa acción, es ella misma acción divina. Pero, profundizando esta línea, encontramos en el Nuevo Testamento dos escritos cuya dimensión litúrgica es esencial: el primero (He-

breos), porque ha nacido como parte de una liturgia; el segundo (Apocalipsis), porque constituye en sí mismo una liturgia. En ellos, por tanto, la Palabra proclamada en la liturgia aparece como un elemento decisivo.

##### a) La Carta a los Hebreos

Aun perteneciente al corpus paulino, este escrito es del todo singular; pese al nombre con el que generalmente se la conoce, no es una composición epistolar, sino homilética: una «palabra de exhortación» (Heb 13,22, la misma expresión que halláramos en Hch 13,15). Se trata de una homilía sinagoga cristiana, quizá el ejemplo más acabado que poseemos de semejante género literario. La proclamación del salmo 110, que Jesús interpreta en los evangelios en clave cristológica (cf. Mt 22,41-45 par.), conduce al autor de la carta a presentar el sacerdocio de Jesucristo; en efecto, en Sal 110,7 se lee: «El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: “Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec”». Este gran escrito del NT aparece así como un largo *derás* (comentario actualizador) de ese pasaje de la Escritura.

Para ello, el autor va siguiendo determinados pasos. El primero consiste en asumir la cristología tradicional (Heb 1-2); con este fin se sirve de un texto bien conocido por la primera tradición: «Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho: “Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy”» (Sal 2,7: Heb 1,5). Cristo resucitado es el Hijo superior a los ángeles, tal y como proclama otra palabra sálmica: «Adórenlo todos los ángeles de Dios» (Sal 97,7: Heb 1,6); por ello, el Padre lo ha sentado a su derecha (Sal 110,1: Heb 1,13). Se introduce así por vez primera el salmo que habla

de ese misterioso sacerdote «según el rito de Melquisedec».

Un gran segundo paso consiste en mostrar la continuidad del sacerdocio de Jesús con el del AT (Heb 3,1-5,10); como los sacerdotes de la antigua Alianza, también Jesús es misericordioso y digno de fe. Este último tema, la fe, da pie a un largo excurso exhortativo en torno a la necesidad de creer (3,7-4,14); el autor recurre al salmo 95 -reflexión sobre la incredulidad de Israel en el desierto- para argumentar las nefastas consecuencias que acarreó al pueblo elegido la desconfianza en Dios y en su mediador, Moisés. Esta sección realiza así la función de una «liturgia penitencial» dentro de este gran escrito.

Sin embargo, el mismo salmo presagiaba un sacerdocio distinto, «según el rito de Melquisedec». Ello conduce la argumentación por nuevos derroteros: a la luz de Gn 14 (única mención bíblica de Melquisedec) se afirma la novedad del sacerdocio de Cristo, superior al levítico, pues encuentra su realización en la entrega del propio cuerpo, de la propia vida. Así, Cristo ha penetrado en el *sancta sanctorum* -el cielo-, inaugurando un nuevo templo: su carne resucitada.

Poniendo la mirada en este nuevo mediador, de la máxima eficacia, el autor exhorta a sus oyentes a la fe, la esperanza y la caridad (Heb 10-13). La mediación del Resucitado hace posible afrontar con confianza el reto que supone vivir conforme a las virtudes teologales.

*En la asamblea litúrgica, la Palabra tiene una función primaria: orientarse a la acción sacramental; de modo que puede decirse que la Palabra proclamada y actualizada introduce ya en esa acción, es ella misma acción divina.*

La Carta a los Hebreos, por tanto, supone un hito singular en la liturgia primitiva; en ella, la Palabra aparece con toda su fuerza, generando a su vez una Palabra nueva que en el misterio de Cristo lleva a plenitud la antigua. No en vano este escrito contiene una de las afirmaciones neotestamentarias más incisivas acerca de la Palabra divina: «La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas» (Heb 4,12-13). No es una palabra muerta, sino todo lo contrario: una Palabra viva que, por serlo, resulta eficaz, es decir, actuante en el momento presente. Se trata, en palabras de un comentarista reciente, de una verdadera personalización de esa palabra, semejante a la que nos descubría la Carta a los Colosenses:

En este esbozo llama la atención el estrecho vínculo que une a la palabra divina con el propio Dios (Heb 4,12), resaltado por el hecho de que el sustantivo griego *logos*, que designa la «Palabra» de Dios, es masculino. Además, la Palabra de Dios es descrita como si tuviese «ojos» (Heb 4,13). Uno recibe, por tanto, la impresión de que la Palabra de Dios acaba coincidiendo con Dios mismo. Frente a ella precisamente deben los cristianos dar cuenta de sus acciones cotidianas, como si el juicio final estuviese anticipado en el «hoy» de la Iglesia (F. Manzi).

Esa «personalización» de la Palabra divina acontece en la liturgia. La Palabra, realidad cuasi-sacramental, hace presente al mismo Dios en el misterio de Cristo.

## b) El Apocalipsis

El Apocalipsis de Juan constituye una gran «liturgia de la Palabra». Esto se detecta en su misma hechura literaria, pues aparece todo él enmarcado por varios diálogos litúrgicos. En su obertura, las palabras del lector se alternan con las de la asamblea, que a dos aclamaciones sucesivas responde con sendos «amén» (cf.

Ap 1,4-7); un diálogo litúrgico semejante descubrimos en la conclusión (22,17-20). Esto nos señala la liturgia como su ámbito idóneo de interpretación; así, el lector, identificado con esa asamblea, queda insertado en la trama del libro, es decir, en la historia de la salvación: el diálogo litúrgico conclusivo cierra el libro con una apertura a la esperanza.

El vidente está recluido en la remota isla de Patmos «a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús» (1,9); el testimonio a favor de Cristo aparece inseparable de la Palabra de Dios, que lo fundamenta. La visión se produce en el «día del Señor» (1,10), es decir, en domingo (*dies Dominicus*, primer testimonio de esta expresión): es el día en que la asamblea rememora la resurrección de Cristo, que hace presente el poder que le ha conferido su Padre. Este poder se manifiesta en la efusión del

Espíritu (cf. Jn 20,22), actualizada en la celebración litúrgica. También la visión del Resucitado que abre el libro apunta a este mismo contexto, pues aparece con vestiduras sacerdotales (Ap 1,13). Toda la obra muestra la mutua implicación entre palabra divina (la Escritura, aludida más de ochocientas veces) y palabra apostólica (testimonio de Jesús); la liturgia es ámbito privilegiado para percibirla. De esta manera, el Apocalipsis aparece como conclusión de la historia de la salvación atestiguada por la Escritura, historia que Jesucristo lleva a su plenitud; esta acontece en la acción litúrgica.

La división de la obra en dos grandes partes (Ap 1-3 y 4-22) guarda relación con su ambientación litúrgica.

La primera gran sección (las cartas a las siete iglesias de Asia: Ap 2-3) representa en el conjunto del libro una gran «liturgia penitencial».

El Resucitado, que conoce cada una de las Iglesias, las llama insistentemente a la conversión (2,5.16.21; 3,3.19). Ello permite a la asamblea celebrante ponerse en la disposición adecuada para realizar ese recorrido que,

guiado por el Cordero –Cristo resucitado–, lleva a los cristianos a recrear mística y simbólicamente la historia de la Iglesia. La gran fuerza que los capacita para ello es la eucaristía, ese «maná escondido» (2,17) que anticipa sacramentalmente las bodas del Cordero con la nueva Jerusalén (Ap 19-22).

El carácter litúrgico del Apocalipsis se revela singularmente en sus secciones himnicas, frecuentes

*El Apocalipsis muestra la mutua implicación entre Palabra divina (la Escritura, aludida más de ochocientas veces) y palabra apostólica (testimonio de Jesús); la liturgia es ámbito privilegiado para percibirla.*



a lo largo del libro: ya en boca del autor (1,5-6), ya de los diversos personajes (4-5: vivientes, ancianos, ángeles; 11,16-18: ancianos; 15,3-4: los redimidos; 19,1-9: multitud celeste); las secciones más relevantes de estos himnos han recalcado en nuestra liturgia vespertina semanal (vísperas del martes, jueves, viernes y domingo).

La naturaleza litúrgica del Apocalipsis es, pues, clave para su interpretación, ya que integra todos sus elementos. Nos permite comprender que el simbolismo está orientado no a producir imágenes llamativas o sorprendentes, sino a introducir en la comunión actual con Dios en Cristo; nos revela que la sabiduría necesaria para interpretar el libro es una sabiduría orante y eclesial, y que la función del Apocalipsis no es saciar la curiosidad acerca del futuro (algo propio de los adivinos paganos), sino consolidar la esperanza en el señorío de Cristo resucitado. El contexto litúrgico, en fin,

permite captar el Apocalipsis como lo que verdaderamente es: una gran bienaventuranza.

Notemos, finalmente, la orientación de los dos escritos de los que venimos hablando a la acción sacramental: la Carta a los Hebreos es toda ella eucarística, pues contempla el misterio pascual a la luz de la categoría sacerdotal, mientras que el Apocalipsis culmina en el banquete de bodas del Cordero.

## 5. CONCLUSIÓN

Hemos percibido la función decisiva de la Palabra en la primera liturgia cristiana. Una Palabra apostólica viva, expresión actualizante y plena de la Palabra santa de Israel, que se ha hecho carne en Jesús resucitado. Una Palabra sacramental, comunicación de gracia. Un *Dabar* («palabra» en hebreo) que constituye un verdadero acontecimiento. ●